

herido de muerte a los 35 años, repose en otro lugar.

Sobre estas bases podría ensayarse una caracterización psicológica del hombre de Murcia. Pero a mí menos que a nadie me sería permitida la superficialidad de una construcción artificiosa en la que forzosamente se integraran nuestros supuestos rasgos. Me contento con aportar algunas formas radicales. Porque, además, junto al paisaje hay otras muchas cosas que valorar.

Tal caracterización, si ha de ser hecha de un modo serio, sólo puede lograrse por un profundo examen de la biografía de nuestros hombres señeros, de nuestras costumbres, de nuestra habla, de nuestra pintura y escultura, de nuestra música y arquitectura, de nuestra poesía... y justamente en ello se empeña desde hace siglos esta «Sociedad Económica de Amigos del País». Magníficas aportaciones se han hecho ya a esta labor, y se seguirán haciendo, desde esta tribuna; sirva la mía como la más modesta a la comprensión del hombre de Murcia y su tierra.

De esta tierra, que, es verdad, no nos empuja hacia el espacio y el tiempo mundano, Pero si no sabemos resolver este problema que nos plantea no la culpemos a ella. Ya dijimos que la vida humana auténtica se caracteriza por su capacidad de superar los problemas del mundo y aún los de la propia biología, desde dentro. Ella, la tierra, nos da en cambio lo que los anónimos hombres de hoy, puramente de hoy y de mañana, alterados y ansiosos tan sólo de ganar espacio y tiempo han perdido acaso para siempre: el arraigo al pasado y la esperanza del más remoto de los futuros. La torre, símbolo siempre de Murcia, no se extiende en el espacio, se hunde profundamente en el suelo para luego alzarse, anhelante, a los cielos. Eso es lo que la huerta nos ofrece a cada hora: una sólida realidad y la certeza de que arriba está Dios y abajo están nuestros muertos.

